

analizamos a fondo la metáfora y pensamos a través de la lógica, nos encontramos con que alcanza una trayectoria desconocida en el pasado. No nos interesa ahora su evolución filosófica o las inferencias históricas que Canetti trazó desde ella. Permítasenos simplemente decir, aunque debería subrayarse, que todas ellas proceden de esta visión de la corporalidad social, una visión reflejada en la variedad de imágenes y palabras concierne a nuestros sentidos (ver, tocar, sentir dolor) o a nuestras funciones orgánicas (comer, beber, etc.). Pero hay algo más que tampoco deberíamos olvidar. El análisis de la morfología de las masas como un cuerpo social a medio camino entre los cuerpos animales y los cósmicos revoluciona y renueva nuestra mirada. Ese análisis es lo que tanto diferencia a Canetti de los demás.

IV. Una meditación sobre la muerte

El hombre es el único animal que se sabe mortal. El resto de criaturas no se escapan a ese final pero, incluso si lo intuyeran, carecerían de la certeza y el conocimiento de lo inevitable.

«Con la muerte y la certeza de la muerte –afirma el filósofo Franz Rosenzweig– comienza toda percepción del universo. Quitarse de encima ese miedo terrenal, el aguijón de la muerte y el aliento pestilente del Hades es lo que presume hacer la filosofía»⁹.

Por mi parte sólo veo en este ensayo sobre las masas y el poder una reflexión sobre el hecho terrible de la muerte. Y lo leo como un intento (uno más, podríamos decir) de arrebatarse a la muerte su aguijón.

«La muerte –escribe Canetti– es el primer y más remoto acto, uno incluso estaría tentado de decir único acto. Tiene una edad monstruosa y nace de nuevo cada hora... Mientras exista la muerte, el último suspiro será un último suspiro en su contra. Mientras exista la muerte, la luz será un testamento de su rastro porque ella la guía. Mientras exista la muerte, la belleza no será maravillosa, la bondad no será buena»¹⁰.

Sólo he conocido a un hombre que hablara con tanta vehemencia desesperada, mi amigo y compatriota Paul Celan, que mantuvo ese inevitable encuentro demasiado pronto.

¿Cómo hemos podido dejar de ver que la masa está del lado de la vida? Debido a todas nuestras manías persecutorias y sufrimientos imaginados,

⁹ F. Rosenzweig, *Der Stern der Erlösung, La Haya, 1976, p. 5.*

¹⁰ *The Conscience of Words, pp. 6-7.*

sentimos que en la masa nos conectamos de nuevo con el origen del universo. Un empujón liberará al individuo de su miedo a que le toquen y una sensación de alivio le hará formar parte de la colectividad social. La vida de los Otros está allí. Esto significa, por el contrario, que el poder está del lado de la muerte. Sin duda el Hombre puede soñar con librarse de la muerte, puede soñar con que la muerte no está predestinada para él; pero eso no basta para que disminuya su terror ante ella. Lo que el Hombre necesita es la experiencia de la inmunidad o del aplazamiento. ¿Y qué experiencia es más poderosa que la muerte de los otros, particularmente las muertes causadas por nosotros? Nuestra primera reacción al enfrentarnos a su realidad es de incredulidad: así que la muerte realmente existe, podemos verla y tocarla. Luego el horror: *si la gente se muere, yo moriré también*. El destino me está enviando una señal. Pero el sentido común nos previene: no soy yo el que se ha muerto sino el *otro*. Entonces el alivio, la satisfacción, una profunda *Schadenfreude*: «lo que era terror al principio se impregna ahora de satisfacción»¹¹.

Si el contacto cuerpo-a-cuerpo con una vida individual nos libera del miedo a que nos toquen en la masa, el contacto del cuerpo con la muerte individual nos libera del miedo a la muerte. Esto nos devuelve a la soledad y egoísmo del superviviente. La repetición frecuente de esta experiencia puede provocar una sensación de invulnerabilidad que nos sitúa por encima de la muerte, del pasado y del futuro. Le tomamos gusto a la supervivencia. De hecho, queremos producirnos esa sensación inusual a nosotros mismos: ¿y de qué otra forma que con la multiplicación de esos cuerpos sin vida?

La sensación de felicidad provocada por la supervivencia individual es de un intenso placer. Una vez que se admite y se aprueba, demandará la repetición y rápidamente se transformará en una pasión insaciable. El hombre poseído por ella se apropiará de las formas de la vida social a su alrededor para servirla. Esa pasión es la del *poder*. Su vinculación con la muerte es tal que la asumimos como algo natural; la damos por real, como la muerte, sin cuestionarla, sin ni siquiera indagar seriamente en sus ramificaciones y repercusiones¹².

Aquí el Otro es con toda claridad la Muerte. Causarle la desaparición en la monótona y acumulativa repetición de un asesinato premeditado hace

¹¹ *Ibíd.*, p. 15.

¹² *Ibíd.*, pp. 19-20.

posible una ascensión, pero ¿a qué cima? A esa panorámica que nos muestra al hombre que ha causado la ruina de todos nuestros compatriotas, amigos y enemigos. Más allá de las masas, rodeado de gente que *está dispuesta a entregar su vida* a quien sólo espera recibirlas. Por eso su ídolo no es otro que su destructor: «el gran hombre les devora. Literalmente, entran en él y desaparecen. Su efecto sobre ellos es aniquilador. Les atrae y les recoge, les reduce y les devora. Todo lo que han sido es beneficioso para su cuerpo»¹³.

Un cuerpo antisocial por excelencia. Como la antimateria, medra con la debilidad de la materia, para ser exactos: de la materia humana. Vive de su muerte. He comentado esta paradoja en otro lugar¹⁴: en el corazón y la cima de la vida social tiene lugar la más antisocial de las existencias. Fascinadas, las masas fluyen hacia él. ¿Fascinadas por qué? ¿Por la señal de su propia muerte? No olvidemos que el poder, cotejado por esas masas insaciables, está condenado al fracaso. Se aparta de la realidad y se obsesiona con lo que no puede alcanzar: la supervivencia a expensas de todo. Éste es el primer paso hacia la locura, una locura documentada y descrita en detalle en las memorias del *Senatspräsident* Schreber. La locura tiene ahora la forma de perseguir el poder por otros medios. Permítasenos añadir algo: la reflexión acerca de la muerte es por su propia naturaleza una de esas reflexiones sin fin. Del mismo modo la reflexión acerca del poder, que nos sorprende a cada paso por su habilidad para desafiar al tiempo y tocar los extremos.

V. Broch, Canetti y las masas

No es muy frecuente encontrar de manera simultánea un tema idéntico en la literatura, tesis académicas y ¡*aleluya!* también en la historia. El tema de las masas disfruta de esa dudosa distinción. Podríamos considerarlo uno de los motivos centrales del pensamiento y la literatura modernos, y es sinceramente lamentable que los eruditos que han estudiado esas materias no le hayan prestado atención y nos hayan mostrado su relevancia. Por eso me gustaría concluir con algunas observaciones en ese sentido. Es fácil demostrar que los grandes escritores franceses desde Balzac a Zola, desde Flaubert a Maupassant, aportaron una nueva forma de ver las masas¹⁵. No se

¹³ *Ibíd.*, p. 27.

¹⁴ Serge Moscovici, «*Les Foules devant la Foule*», *Stanford French Review*, septiembre de 1983, pp. 151-174.

¹⁵ *Ibíd.*

contentaron con describirlas y utilizarlas como material de sus novelas; también proporcionaron una teoría. Con admirable precisión trazaron el amplio contorno de lo que luego sería la psicología de las masas. La psicología de las masas se ha encontrado con una considerable responsabilidad, sobre todo en los países de habla germana, en todos los campos, desde las ciencias sociales a la historia, desde la política a la literatura. Para comprobarlo sólo necesitamos acudir a las páginas de Mann y Musil, Freud y Weber, Reich y Adorno, por nombrar a unos cuantos.

Pero dos escritores han reservado un lugar especial a la masa en su obra y han hecho de ella su *Leivmotiv*: uno es desde luego Canetti, el otro Broch. El punto de vista de los novelistas franceses anticipa la psicología de las masas; los escritores de lengua germana se forman en la psicología de las masas y les prestan su atención. Es un caso paradigmático de los intercambios producidos entre las ciencias sociales y la literatura. Sin ánimo de profundizar en este sentido, podemos decir que Broch y Canetti dedicaron parte de su obra teórica al tema de las masas. Descripción a descripción, de análisis en análisis, fueron generando cada vez con mayor precisión sus propios puntos de vista. Pero la perspectiva de ambos es distinta. Mientras Broch se apoya en la psicología de las masas¹⁶, Canetti basa sus observaciones en la antropología y en la historia de las religiones. Es cierto que con ello plantea interrogantes que su antecesor no necesitaba plantear. Ésta es una de las primera cuestiones que diferencia ambos puntos de vista. Para Broch, la llegada de la edad de las masas anuncia un colapso total de la cultura. Las masas confirman el dominio de la psicología sobre la política y la economía que Nietzsche anunciaba. Anuncian esa fase crepuscular en la que siempre entra una sociedad cuando pierde el control sobre ellas. Por eso la democracia, por ejemplo, no ha encontrado aún una fórmula comparable aplicada por otros sistemas políticos o religiosos. ¿Quién puede asegurar que los errores producidos por las democracias totalitarias no son consecuencia de su incapacidad para abordar la histeria de las masas?

Pero Canetti amplía las perspectivas temporales para analizar la forma y evolución de las masas. Son una parte de la tragedia de nuestra época, pero esa parte se puede comprender observando lo ocurrido desde el principio de los tiempos. Y si ocurre una tragedia, la causa no estará en su fase crepuscular: será su afinidad con el poder la declarada responsable. Por ello cada uno de los dos escritores, abordando el mismo tema, sigue su propio camino: Broch la psicología de masas, Canetti la antropología y la historia.

¹⁶ Hermann Broch, *Massenwahntheorie*, Frankfurt, 1979.

Como ya he dicho, esta es solamente la primera diferencia. Para percibir la segunda debemos tener en mente la obra estrictamente literaria de ambos escritores. Si no estoy equivocado, las masas juegan un papel importante en las novelas de Broch, mientras que Canetti las menciona en sus diarios sólo en relación con su experiencia personal. ¿Podemos aventurar que uno se agarra siempre a una idea y el otro a una experiencia? Que decidan los críticos. Hay una estimación que diferencia sus puntos de vista. Si leemos los cientos de páginas en las que Broch formula el suyo y nos describe la vida de las masas, brotará en nuestra mente la palabra «demoníaco»: esta palabra, en otro tiempo de Goethe, se utiliza para definir ese lado de la naturaleza humana revelado y simbolizado por las masas¹⁷. Aparecen en el crepúsculo de la razón: para ser exactos, en el momento en que los poderes internos y externos del Hombre se derrumban sobre él y nublan su sentido. Por ello revelan la inexorable dirección hacia el caos al que, a causa de las leyes de la entropía, tiende todo lo que existe. Sin embargo, para nuestra existencia la entropía no es más que otro nombre para designar la muerte. Y la lucha mantenida contra ella se convierte en la lucha mantenida contra el miedo por la masa y el individuo. Éste es el poético testimonio de Broch:

El acontecer humano, en cualquier forma y cualquier lugar que ocurriera, ¿no se revelaba allí como invariable emanación de la angustia de las criaturas, como un acontecer obsesivo de la angustia, de cuya lóbrega cárcel no existe ya ni escapatoria ni evasión, porque es la angustia de la criatura extraviada en la espesura? Nunca se había dado cuenta tan profundamente de esa angustia, mejor que nunca comprendía el ansia inacallable del alma extraviada por una superación del tiempo que eliminara la muerte, mejor que nunca comprendía la inextinguible esperanza de las masas animales, entendía lo que allá abajo deseaban voces y más voces, también ellas, con su griterío salvajemente desesperado¹⁸.

Son masas obstinadas en el rostro de cualquier realidad, depositando sus esperanzas y su «fervor canalla» en el líder o César que, según creen, les sacarán del remolino del miedo.

Estas observaciones son de carácter general. ¿Son capaces, por contraste, de hacernos comprender cómo la visión de Canetti se aproxima al asunto de forma diferente y desde un ángulo distinto? En ambos casos me parece que

¹⁷ A. Kiel, «De romans van Hermann Broch en zjin massawahntheorie», *Mens en Kosmos*, 1962 (18), pp. 58-76.

¹⁸ Hermann Broch, *Der Tod des Vergil*, Frankfurt, 1976, pp. 86-87.

la masa permanente en el lado cósmico de la vida humana. Las masas expresan el lado visible de la animalidad social a través de su aspecto más terreno y elemental: sus cuerpos. No es exagerado afirmar que hay algo de presocrático en el punto de vista de Canetti. La psicología ha sido absorbida y limitada por esta morfología de las colectividades sociales, que atraxeron en las doctrinas de la psicología y evolucionaron a su lado; pero ha sido absorbida dentro de ciertos modelos básicos que se desarrollan espacialmente e incluyen al tiempo. Lo que ha fluido en las más recónditas profundidades de estos cuerpos colectivos es una corriente vital que avanza más allá de sí mismos para ganarse a más gente. Masas en las cuales cada uno de estos modelos impone su marca distintiva. Masas en las que se acepta a cada individuo por su propio bien y por sus propios méritos, produciendo el efecto de que a través del individuo otra gente capacitará sus cuerpos para el contacto comunal y los vínculos comunales. No es mi intención realizar un estudio comparativo de los dos escritores. Digamos simplemente que, fascinados ambos por la misma realidad humana, Broch y Canetti, han guiado nuestra atención hacia ella: el primero iluminando su lado demoníaco, el segundo revelando su lado cósmico. Quizá podamos decir que son la misma cosa.

Traducción de Jaime Priede